

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ, CRÍTICO DE RUBÉN DARÍO

Julio Valle-Castillo

I

EN EL contexto hispanoamericano, Ernesto Mejía Sánchez (Masaya, Nicaragua, 6 de julio de 1923 - Mérida, Yucatán, México, 29 de octubre de 1985) resulta ser uno de los paradigmáticos hombres de letras: poeta, ensayista, crítico, narrador, investigador, erudito, editor, catedrático en España, Inglaterra, México, Estados Unidos... Escribió: *paradigmático*, aunque él vivió en el silencio del claustro de profesores, con la soledad de la celda conventual o de la biblioteca iluminada por las “lámparas estudiosas”. Nada de fama fácil.

Cumplió a cabalidad con el modelo en el que se funden el creador y el intelectual, el intuitivo y el racionalista, el artista y el científico, por el que propugnó su promoción, la llamada “Generación de 1940” de Nicaragua, formada además por Carlos Martínez Rivas (1924-1998) y Ernesto Cardenal (1925), o sea, parte de la posvanguardia continental entrelazada con revistas, autores y cuestionamientos: *El hijo pródigo*, *Taller*, *Tierra nueva* y *Letras de México* y Octavio Paz, Efraín Huerta, Jaime Sabines y Rosario Castellano; *revista de Guatemala*, y Luis Cardoza y Aragón, Carlos Illescas, Otto Raúl González; Movimiento *Piedracelista* de Colombia, *Orígenes* de Cuba y José Lezama Lima; *Poesía sorprendida* de República Dominicana, *Marginalia* de Uruguay y *Viernes* de Venezuela.

Pero, esta científicidad no significaba la disminución del poeta, por el contrario, trataba de potencializarlo al máximo, haciendo prevalecer su condición creadora en las disciplinas

de la ciencia y del espíritu que ejercitó; como poeta, crítico literario y de arte, traductor, ensayista, conferencista o filólogo, docente, filósofo o pensador, y como político y ciudadano.

El poeta para él no sólo era el ser humano que asistido por la gracia y en posesión de su apasionado instrumental expresivo, producía poemas, sino aquel que era capaz de mover sensibilidades y conciencias y transformar el mundo y crear otros mundos. Por eso, la disciplina, la ética y el rigor del intelectual en Mejía Sánchez, eran el mismo rigor y la misma disciplina del poeta. No conocía diferencia. En una oportunidad, refiriéndose a Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), Mejía Sánchez afirmó que el maestro dominicano había sido poeta en sus años mozos y que aunque dejó de escribir, poeta “siguió siendo el resto de su vida al entregarse por entero, con mayor desprendimiento de sí mismo, a las obras ajenas”. Para él la entrega, el fervor, el entusiasmo, revelaban y ratificaban “la otra santidad” que es la poesía.

Tales concepciones pueden comprobarse con creces en el mismo Mejía Sánchez. Pensemos en la pasión y objetividad con la que indagó¹ el pensamiento libertario, independentista, las aventuras, la normativa americanista, la estética, el indigenismo de Fray Bartolomé de las Casas, Diego de Torres Villarreal, Juan Pablo Viscardo Guzmán o Carlos María de Bustamante, Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra, Andrés Bello, Simón Bolívar, Juan Montalvo, José Martí, Gutiérrez Nájera, Rubén Darío, Alfonso Reyes, Antonio Mediz Bolio, Andrés Henestrosa, Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, Jorge Luis Borge y tantos otros.

El discurso crítico sobre Rubén Darío bien pudiera redondear el complejo mundo de poeta de Mejía Sánchez, la obra poética, su poesía en verso y prosa, sus prosemas. De

1. Véase la *Antología de la prosa en lengua española, siglos XVIII y XIX*, selección, prólogo y notas de Ernesto Mejía Sánchez, México, UNAM, 1971, pp. 196, II tomo (Lectura Universitaria n.º 4).

aquí que nos dispensemos expropiarle un título de uno de sus ensayos, más tal vez que para estas páginas, para él mismo, pues le cabe con justicia y propiedad, como tal vez no le venga a ningún otro creador e intelectual de su tiempo: “Ernesto Mejía Sánchez, crítico de Rubén Darío”.

II

La “Generación de 1940”, no obstante haber sido prohijada y amaestrada por los escritores que habían pertenecido al Movimiento de Vanguardia de Granada (1927-1940), planteó una ruptura sin escándalo, tan discreta y cordial que lo que se produjo entre ambas generaciones fue una suerte de continuidad en la excelencia literaria, en el nivel de creación y de coincidencia en la actitud y en la acción. Los ex vanguardistas e historiadores, ensayistas, antropólogos de otras ciudades se identificaban y contribuían a los propósitos de los nóveles poetas y éstos aprendían, profesaban y después revirtieron su poética y su ideología; de modo que ex vanguardistas y novísimos sustentaban una posición posvanguardista, apunta uno de sus principales protagonistas, el propio Mejía Sánchez:

Así se fundó el Cuaderno del Taller San Lucas, que vino a significar un reencuentro o una reconciliación de tres generaciones por lo menos, de lo que se llamaba la intelectualidad nicaragüense, sin distinción de políticas nacionales e internacionales. El 1^{er} n.º apareció en octubre de 1942 y el Núm. 5 y último en agosto de 1951.²

A diferencia de sus padres y tutores que en un inicio habían sido circenses, irracionalistas, humoristas, iconoclastas,

2. Véase el “Tríptico de Coronel”, de Ernesto Mejía Sánchez en *Cuadernos Universitarios*, homenaje a José Coronel Urtecho al cumplir 70 años de edad, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, León, segunda serie, n.º 16, marzo de 1976.

pequeños dioses, Mejía Sánchez, Martínez Rivas y Cardenal se proponían profesionalizarse como escritores, lo que significaba entrar en contradicción con la subdesarrollada sociedad nicaragüense y con el chato pragmatismo burgués dominante, no ya con la “inquerida bohemia” de los modernistas (1880-1940) ni con el terrorismo ficticio de los vanguardistas (1930-1940), sino con la ciencia de la literatura, *Literaturwissenschaft* siendo *scolar*, estudiando y viviendo de una carrera improductiva en el sistema: letras, filosofía o artes, cursada además en una universidad de América, en México, ampliando así la contradicción y no en España, tan querida por sus mentores entonces partidarios del generalísimo Francisco Franco (1892-1975), e ideólogos en muchos aspectos del hispanismo posterior a la Guerra Civil de 1936-1939, como los programas de becas y los Institutos de Cultura Hispánica en América.

Estos tres poetas, asimismo, fueron factor de articulación de la tradición literaria nicaragüense y se plantearon ser criaturas humanas instaladas en su tragedia personal o colectiva, comprometidas con su sociedad y su historia, urgida de transformarse la una y necesitada de reorientarse la otra (no es casual que Mejía Sánchez y Cardenal fueran ineludibles opositores al régimen somocista, que ambos confeccionaran la *Antología de poesía revolucionaria nicaragüense* (México, Ediciones Patria y Libertad, 1963) y que los tres iniciaran la poesía política y comprometida de veras.

III

En cuanto a los ex vanguardistas, la década del cuarenta corresponde a la crisis existencial de José Coronel Urtecho (1906-1994), de la cual emergió asido a la fe católica y procurándose una expresión clásica o sea, serena, equilibrada (“Sonetos de uso doméstico” como reacción a los excesos del surrealismo “Cometa de ramos tristes”). La década del “Canto temporal” (1943) de Pablo Antonio Cuadra (1912-2002), dedicado muy decididamente a Mejía Sánchez; el decenio en que Manolo Cuadra (1907-1957) se declara de izquierda y, como paradoja, desanda

su camino de poeta innovador, hacia la resonancia sentimental y prosaísta del posmodernismo y del soneto modernista, los medallones áureos; la década en que Joaquín Pasos (1914-1947) ante la frustración del proyecto de las derechas con el triunfo de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial (1940-1945), deja de ser festivo, se torna elegíaco y hasta se muere (léase a esta luz su “Canto de guerra de las cosas”).

Por tanto, los desplantados adolescentes, el estallido de la nueva poesía, la pirotecnia, la imaginería y las metáforas, la voladura de la Academia y del Parnaso, los juegos, la descalificación del pasado literario inmediato pertenecían, para los ex vanguardistas, realmente al pasado y sobrevino con ellos y con la “Generación de 1940”, “un orden como columna gigante / —plenitud de la forma concertando la desquiciada torturante vida— / una elevada espaciosa arquitectura de la labor y la razón”, según los versos de Pablo Antonio Cuadra.

Parte de ese nuevo orden contempló la relectura o reivindicación de Rubén Darío, el “amado enemigo” y “paisano inevitable” como lo llamaban; reconsideración de la cual ascendió como figura troncal, como el poeta fundamental de la nueva lírica hispanoamericana, cerrándose así el período que se había abierto con la anti “Oda a Rubén Darío” (1925) de Coronel Urtecho y “A don Rubén Darío” (1929) de Manolo Cuadra, además de la trastocación de “Los Cisnes” de Octavio Rocha (1910-1986) y las parodias y burlas de Joaquín Pasos.

Los ex vanguardistas dejaron de caricaturizar a Darío y profanar “el horrible león de cemento” de su tumba, para descubrir, admirados y conmovidos, su modernidad y su humanidad americana y universal.

No es gratuito que a mitad de esta década, 26 de julio de 1945, Pablo Antonio Cuadra, de quien podríamos decir sin mucho riesgo que fue el filósofo de la cultura nicaragüense de la Vanguardia, se incorporara a la Academia Nicaragüense de la Lengua, correspondiente de la Real Española, con un discurso que es clave en este particular y que normó la visión dariana de

la “Generación del 40”: “Introducción al pensamiento vivo de Rubén Darío”.³

En esos mismos años, otros intelectuales empezaron a desplazar los panegíricos para dar espacio a las investigaciones y exégesis, tales como *Rubén Darío Criollo* o *Raíz y médula de su creación poética* (Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft Ltda., 1945), de Diego Manuel Sequeira, y *La dramática vida de Rubén Darío* (Guatemala, Ministerio de Educación, 1952), de Edelberto Torres. A escala de la lengua, esta reivindicación de Darío, ya la habían iniciado una década antes los poetas modernos por antonomasia: Federico García Lorca (1898-1936) y Pablo Neruda (1904-1973), con su “Discurso al Alimón”, diario *El Sol*, Madrid, 30 de diciembre de 1934. Otro poeta, el español Pedro Salinas (1891-1951) publicó en Buenos Aires, el libro de ensayo *La poesía de Rubén Darío* (sobre el tema y los temas del poeta), Editorial Losada, 1948, en la colección de estudios literarios dirigida nada menos que por el maestro, introductor de la estilística, Amado Alonso (1896-1952).

En la década del 40, Mejía Sánchez inició su adiestramiento y aprendizaje de investigador, recolectando la tradición oral e internándose en colecciones de periódicos y revistas, archivos diocesanos y bibliotecas particulares y ruinosas, en busca de nuestra literatura popular, teatro de cristianización, folclor, oraciones mágicas e historia. En 1941, ya editaba la revista *Anhelos de la Legión Católica Nacionalista (Sección de Masaya)*, cuyo número IX, año I, 23 de marzo, está dedicado al Rubén Darío hispanista, conservador, propio de los ex vanguardistas. Mejía Sánchez publica acaso su primer ensayo antetítulo “Defensa” *El canto errante* (De “Darío, Maeztu y la Hispanidad”). En el número 1 de *Cuadernos del Taller San Lucas*, Granada, Nicaragua. Octubre de 1942, dio a conocer el documental “La

3. Recientemente reproducido en *Rubén Darío en la Academia*. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 1997, p. 9-33.

mujer nicaragüense en los cronistas y viajeros” firmado junto a su maestro José Coronel Urtecho. Aunque a simple vista estos trabajos no tenían vínculo alguno con la restauración dariana, cumplían con una recomendación de Darío respecto al rescate y salvaguarda del patrimonio cultural. Este sentido puede tener el epígrafe que Mejía Sánchez planta al frente de su primer impreso, *Romances y corridos nicaragüenses* (México, Imprenta Universitaria, 1946):

Esta parte del folklore centroamericano no es de las menos interesantes, y sería ya tiempo que en aquellos países, como en toda la América, se preocupasen más, los que pueden, de tan rica como inexplorada materia.

Rubén Darío.

Martínez Rivas en su estudio, “Años y Leguas de Rubén Darío”, publicado en *Nicaragua y Rubén Darío / En el XXV Aniversario de su muerte* (Managua, Imprenta Nacional, 1941, pp. 139-151), anterior al de Pablo Antonio Cuadra, es quizás más seguro de la condición clásica de Darío, que el de Cuadra. Se trata de un intento de equiparar su vida y obra, no como causa-efecto, que habría resultado esquemático, sino buscando todo lo que hay de vivo en su obra, la vida “que él dejó en sus cantos, con las que recojamos por todas partes en sus recuerdos, luminosos como su misma canción, procuremos dar la canción llena, clara, armoniosa que él hiciera de su misma vida”, dice el autor en su *Nota preliminar*.

Desde entonces, Martínez Rivas retomó a Darío aunque con su acostumbrada descalificación o retiscencia con los clásicos, máxime los más próximos, ya proyectando “El A-B-C-Darío...” (1942) para las escuelas primarias y radiofónicas o redactando: “El envejecer en su poesía” (1952-4?), “Darío y Nicaragua” como carta-prólogo para el libro de Margarita Gómez Espinosa, *Rubén Darío patriota* (Madrid, Ediciones Triana, 1966), y “Watteau y su siglo en Rubén Darío” (1967) y el *Manual mitológico y literario dariano* (1964), que al parecer nunca alcanzó a concluir.

Procediendo de la visión de los ex vanguardistas y con algunos elementos de su crítica impresionista, Cardenal exaltó la universalidad de Darío como fuente de nacionalidad; ratificó a Darío como padre de la poesía nicaragüense y tomándolo como punto de partida, como piedra angular, escribió lo que constituye la primera descripción y análisis del proceso de formación de lo que hasta entonces, 1947, había alcanzado a ser nuestra poesía.

Con esta tesis “Ansias y lenguas de la nueva poesía nicaragüense”, título dariano según el epígrafe (“En espíritu unidos, en espíritu y ansias y lenguas”), Cardenal optó al grado de licenciado en letras en la Universidad Nacional Autónoma de México y ya no comenzaba a explicar la poesía nicaragüense por el Movimiento de Vanguardia que presumía, muy huido-brianamente creacionista, haberlo creado todo de la nada y a partir de ellos en Nicaragua, sino con un capítulo: “El viaje a nado”, que versaba precisamente sobre Rubén Darío. En uno de los párrafos afirmaba:

Con Rubén Darío, Nicaragua, respiró, por fin, viento del mar. Él nos dio de verdad el estrecho azul que soñábamos. Darío fue la salida al mar. El acontecimiento geográfico más grande en Nicaragua. Desaguadero de todas nuestras reprimidas navegaciones, que dio él sólo más rutas marinas para América que el Canal de Panamá. Por eso, rompedor de anclas, salió de Nicaragua: el cantor va por el mundo... Rubén había nacido en una tierra de tránsito, y simbólicamente su madre lo dio a luz en una carreta en mitad de un viaje, a su paso por Metapa. Su primer recuerdo de infancia ni siquiera es nicaragüense: es el de un país montañoso; un villorrio llamado San Marcos de Colón, en tierras de Honduras por la frontera nicaragüense. Ya Hortensia Buislay, bailarina de circo, había estado a punto de llevarse su corazón errabundo a los trece años. Por fin se fue del todo, y entonces nació la poesía nicaragüense.

La tesis de Cardenal con algunas modificaciones, se aprovechó como prólogo para la antología que dio a conocer al mundo de habla hispana la extraordinaria poesía de la tierra natal de Darío, la poesía de sus herederos: Azarías H. Pallais, Alfonso Cortés, Salomón de la Selva, José Coronel Urtecho, Pablo Antonio Cuadra, Joaquín Pasos, Mejía Sánchez, Cardenal, Martínez Rivas, Fernando Silva, Ernesto Gutiérrez, Rodolfo Sandino Argüello y Ángel Martínez Baigorri s.j. *Nueva Poesía Nicaragüense* (Madrid, Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1949). En las notas finales de la antología, redactadas por Orlando Cuadra Downing (1910-1981), responsable de la selección, se leían las siguientes líneas que eran más expresas en el reconocimiento a Darío y en la significación hispanoamericana de su obra:

En esta Antología, que más bien reúne a “los cachorros de Rubén”, se ha optado por incluir parte de la obra dariana, —decía— más que todo como documentación de antecedentes líricos inmediatos, no sólo de la poesía nueva nicaragüense, sino de la de toda Hispanoamérica. De ahí que la selección de la obra de Rubén se haya hecho buscando únicamente, aquella poesía que inaugura o anuncia las nuevas tendencias poéticas, o bien la que responde a un sentido profundo del hombre o de la tierra.

Cuando tres décadas después Ernesto Cardenal (1949-1979), con una concepción más radical del utilitarismo, comunicación y función social de la poesía se desempeñó como el primer Ministro de Cultura de Nicaragua y el Ministro de Cultura de la Revolución Popular Sandinista (1979-1987), no sólo fue uno de los animadores de la difusión masiva de Darío, entre el pueblo nicaragüense y de una lectura interpretativa más moderna de su universo simbólico, en pugna con su contexto político, social y económico, para apreciar su revolución; verbal, léxica, plástica, musical, estética, sino uno de los que buscó en Darío una de las fuentes ideológicas de la misma revolución: unionista centroamericano, latinoamericanista,

hispanista, liberal, antianglosajón y anticapitalista, y partidario de aquella revolución liberal de 1893, que significó el progreso y la modernización de un Estado hacendatario y semicolonial. Cardenal, igualmente, firmó un prólogo para una edición bilingüe de Darío, realizada en Alemania Occidental, Bruckmannring, Scchwiftinger Galerie-Verlag, 1983.

Mejía Sánchez se quedó para siempre al servicio de Darío. Mientras sus dos compañeros fueron darianos coyunturalmente —contribuyendo y documentando de manera notable a las recuperaciones darianas—, Mejía Sánchez hizo de Darío una profesión de vida. Dariano por vocación, “dariísta profesional o fanático”, dijo con su proverbial humor, al que no escapaba ni él mismo, su acercamiento a esa obra fue sistemático en cuanto a método y tiempo se refiere.

Todos los caminos iban conduciendo a Mejía Sánchez hasta la profesionalización sobre la obra de Darío. Tanto en la Universidad Nacional Autónoma de México (1944-1949) como en El Colegio de México (1947-1951), “tres maestros tuve en esta tierra (México) que puedo considerar síntesis americana y de lejos su enseñanza y recuerdo me obligan a declarar públicamente la deuda y el cariño —dice Mejía Sánchez— Rafael Heliodoro Valle, el ilustre hondureño, el hombre cordial y sabio, el americano por excelencia; Alfonso Reyes, el mexicano universal, con quien Valle me relacionó; y Raimundo Lida, el argentino de Harvard, el hombre modesto de la disciplina y del rigor sólo comparable con la poesía”.

Veamos. En efecto, Valle era un fervoroso dariano. Se refería al poeta como a “San Rubén Darío” y así tituló un poema; no es gratuito que su discípulo nicaragüense lo llamara “Rafael Heliodoro Valle, devoto de Darío” (*Espejo, Letras, Artes e Ideas de México*, México, segundo y tercer trimestre de 1969, núm. 8, pp. 21-29).

El polígrafo Reyes era hijo del general Bernardo Reyes, de ascendencia nicaragüense, lector y benefactor de Darío, a quien lo presentó el general José Santos Zelaya en el exilio

europeo. De modo que “Rubén Darío y los Reyes” fue más que una relación literaria, una amistad familiar entre el viejo general exiliado y presidenciable, el poeta y el joven escritor; a la muerte trágica del general Reyes, Darío escribió un artículo donde lo compara con los romanos de César en Shakespeare (*Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, Managua, 1963, vol. 7, núm. 31); posteriormente abundó en “Rubén Darío y Alfonso Reyes” (*Anuario de Letras* (México, UNAM, 1966-1967, vol. VI-VII, pp. 217-221).

Y Raimundo Lida, mientras Mejía Sánchez recolectaba los cuentos de Darío de los *Azules...*, *cuentos nuevos* y los posteriores, le dirigía la tesis a su pupilo sobre “Los primeros cuentos de Rubén Darío”. Dicha tesis fue defendida el 3 de agosto de 1951 y mereció por parte de los sinodales la calificación de magna cum laude. Versa sobre lo que por entonces se creían los tres primeros cuentos de Darío: “A la orilla del Rhin”, “Las albóndigas del Coronel” y “Mis primeros versos”, todos precedidos de sumarios, textos, bibliografía, localización, estudio estilístico y notas.

En vísperas de su examen profesional, el viejo dariano y maestro Alfonso Reyes, le devolvía su tesis leída con la nota siguiente:

20 julio 1951 / En breves palabras, querido / Ernesto gracias y mi gozosa enhorabuena. ¡Excelente! / Siempre será para mí una alegría el haberlo visto crecer, / madurar y soltar los primeros frutos a mi lado. / Con firme afecto, suyo, / Alfonso Reyes.

En 1950, había aparecido la deslumbrante edición de los *Cuentos completos* de Darío, ordenados cronológicamente con *Addenda et Corrigenda* y anotados por el joven Mejía Sánchez (Fondo de Cultura Económica, 1950; Biblioteca Americana, serie Literatura Moderna, Vida y Ficción, 360 pp.) y precedidos por un espléndido prólogo del maestro Lida. Estos *Cuentos completos* mezclan desde la escritura himnica, rítmica, versicular, artística de origen francés, el realismo crítico, la prosa breve, el relato fantástico y sombrío, la crónica de ficción, hasta vislumbrar

el realismo mágico hispanoamericano; desde Catulle Mendès, Daudet, Zolá, Hugo, Leconte de Lisle, Chateaubriand hasta Ricardo Palma, Valle-Inclán y Azorín.

Volviendo a su tesis, cabe advertir que aprovechando los hallazgos de Diego Manuel Sequeira en su *Rubén Darío Criollo* (Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft Ltda, 1945), probó, contra lo sostenido por el doctor E. K. Mapes y Julio Saavedra Molina, que Darío, antes de su temporada chilena, ya poseía una cultura clásica, helénica, latina y hebrea, española y moderna; adquirida en la Biblioteca Nacional de Nicaragua, y había escrito y publicado por lo menos tres cuentos en prosa. *Los primeros cuentos de Rubén Darío* tuvieron dos ediciones mexicanas, una Ediciones Studium, 1951, pp. 96 (Colección Studium n.º 2) y otra, UNAM, Dirección General de Publicaciones, 1961, pp. 172, Colección “Filosofía y Letras”, núm. 55. Esta segunda vino a ser un homenaje a sus tres maestros, dos de los cuales para entonces ya habían fallecido. La dedicatoria reza:

A.R.
&
R.H.V.
IN MEMORIAM
R.L.
HIC.

Actualmente, 2006, don Raimundo Lida, es el tercero de los muertos.

Utilizando siempre estos *Primeros Cuentos*, más específicamente una frase de Darío en la “tercera pieza narrativa”: “Tenía yo catorce años y estudiaba humanidades” y concediéndole un credo cauto a la ficción, Mejía Sánchez se dio con su acuciosidad acostumbrada a estudiar y a ilustrar “Las humanidades de Rubén Darío” en su mocedad, provistas por los jesuitas de León y por la Biblioteca Nacional de Nicaragua, en Managua, que le permitieron a nuestro poeta recoger al paso “una que otra espiga de latín y de griego”.

Pero el principal aporte de “Las humanidades” consiste en que se aclara de una vez por todas que Darío se formó en Nicaragua, que si el pobre y oscuro país centroamericano “tuvo una vez un poeta (...) en cierta medida, también supo educarlo”, lo que vino a reducir notoriamente el énfasis —con algún acento colonialista quizá— que los críticos ponían en la formación total que Darío había obtenido en Chile.

Este estudio, “Las humanidades de Rubén Darío”, le sirvió a Mejía Sánchez de ingreso a la Academia Nicaragüense de la Lengua, 26 de junio de 1955, y luego pasó a ser la colaboración homenaje a Alfonso Reyes, tanto suya como de “la Academia de (su) país natal” en el *Libro Jubilar* (México, UNAM, Dirección General de Difusión Cultural, 1956, pp. 243-263). En 1958, el Ministerio de Educación Pública de Nicaragua hizo una edición pirata de *Doce cuentos* de Rubén Darío, de los compilados y anotados por Mejía Sánchez, pp. 80, con un soberano desdén por el compilador debido a sus posiciones políticas.

No había acabado de aparecer en 1950 la primera edición de los *Cuentos completos* de Rubén Darío, cuando el reconocido biógrafo de Rubén Darío, Edelberto Torres, exhumaba de el *Diario de Centroamérica* de Guatemala el cuento “Huitzilopxtli” que Darío había publicado en este periódico el 10 de mayo de 1915; pieza capital para su narrativa, porque es precursora de la narrativa de la revolución mexicana, por su mezcla de realismo y fantasía prehispánica y por su prosa llana y desnuda. No incluida en los *Cuentos*, se enmendó la ausencia en la obra de Raimundo Lida, *Letras Hispánicas: Estudios / Esquemas* (México, Fondo de Cultura Económica, 1958).

En 1965, Mejía Sánchez encontró otro cuento, “D. Q.”, que también comparte con el anterior rasgos que vislumbran el realismo mágico. Fue dado a conocer en la *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, México, abril de 1966 y en *La Prensa Literaria*, Managua, domingo 21 de agosto de 1966, p.1. El tercer cuento que difundió Mejía Sánchez fue “Historia del Mar” (*El Pez y la Serpiente*, Managua, invierno de 1975, núm. 16).

Estos tres cuentos ponían en alerta sobre la posible existencia de más piezas darianas dispersas o perdidas, como en efecto ocurrió. Pablo Steiner, Allen W. Phillips, Roberto Ibáñez, Juan Carlos Ghiano, Pedro Luis Barcia, Alejandro Montiel Argüello, encontraron otras piezas darianas que ratificaban al Darío narrador.

Cabe destacar que Lida creció paralelamente a su discípulo del Colegio de México, como dariano, con los estudios “Notas al casticismo de Rubén” (1967), “Después de Rubén” (apuntes y antologías), 1967, “Rubén y su herencia” (1967) y “Darío, Lugones y Valle-Inclán (1968); recogidos póstumamente en *Rubén Darío / Modernismo*, Monte Ávila Editores, S.A., 1984, con prólogo de Guillermo Sucre.

Simultáneamente a la edición de los *Cuentos*, Mejía Sánchez trabajaba en *Poesía / Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, de Rubén Darío, con Estudio Preliminar del entonces célebre catedrático e historiador literario Enrique Anderson Imbert (México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1952). Poco antes escribía uno de sus primeros ensayos de “Relaciones Literarias”, su “Darío y Montalvo” en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México, El Colegio de México, 1948, núm. 4).

Otro texto, “Hércules y Onfalía”, pertenece a la búsqueda y continuidad de un motivo modernista, ponencia leída en la sesión inaugural del IV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana en el Harknesss Academic Theatre, Battes Library, Columbia University, Nueva York, el 31 de agosto de 1955. Publicada en México, 1964 e incorporada a *El Modernismo*, edición de Lily Litvak, Madrid, Taurus Ediciones, S.A., 1975.

IV

Consciente desde los años 50 de que sus arduas investigaciones sobre los *Cuentos* y la *Poesía de Darío* apenas habían comenzado y presentaban muchas dificultades (ausencia

y dispersión de originales o manuscritos, ediciones llenas de arbitrariedades, variantes y erratas, que no facilitaban cotejos), Mejía Sánchez siguió profundizando en sus pesquisas, a través de tres décadas hasta su muerte, en 1985. Para 1952 ya había aparecido la séptima edición, corregida y aumentada con 200 nuevas poesías y abundante material biográfico-crítico de *Poesías completas* de Rubén Darío, preparada por el sacerdote mexicano Alfonso Méndez Plancarte, en la editorial Aguilar, pasta de cuero y papel cebolla, 1,450 pp. No obstante, esta edición acusaba tres deficiencias mayúsculas, que incomodaron a los darianos de España y de América, primera: su desigualdad, segunda: la división antojadiza del editor y tercera: las adulteraciones que se permitió el editor con criterios muy estrechos que ponían en tela de duda la erudición mitológica y de otros órdenes, el dominio versificador y el conocimiento gramatical de Darío.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, me extrañaba su distancia con el Museo-Archivo Rubén Darío de Madrid. En una conversación, un animado y soleado domingo de noviembre de 1984, interrogué al maestro sobre el tema y haciéndose un poco el desentendido, no me respondió. Semanas después, ya desde México, me escribió esta carta que se explica por sí sola:

México, D. F.
19 de noviembre de 1984

Señor Lic. Don Julio Valle-Castillo
Avenida Central de Altamira,
o Radial Santo Domingo o El Chipote
Casa n.º 432, Managua

Querido Villacastín:

Que nuestras primeras letras al retornar a México sean para agradecerles a ustedes su compañía y sus atenciones en nuestra estancia por la Nicaragua natal. Como no pude o no quise responderle oralmente, lo hago hasta ahora por escrito. La verdad es que a mí me pasó una cosa torpe y dolorosa. Más bien dos cosas, una sobre Darío y otra sobre Sandino; hoy le

explicaré sólo lo de Darío porque lo de Sandino es largo de contar. Lo de Darío es un fracaso de esos de los que no solemos consolarnos gente como nosotros, pero que me resultó muy aleccionador. Estaba yo en la Universidad Central de Madrid cursando el doctorado [1952-1954] y allí conocí a don Antonio Oliver Belmás, casado con Carmen Conde. Él ya ha muerto y a ella la han elegido como la primera mujer académica. Él era catedrático suplente de don Luis Morales, Director de la Biblioteca Nacional y catedrático titular en la Central de Madrid, de literatura iberoamericana, que no salía de las cartas de don Hernando Cortés, de las octavas reales de Ercilla o del teatro de Juan Ruiz de Alarcón sin llegar ni siquiera a una aproximación a nuestra amada Sor Juana, en fin, pero esa era la literatura colonial que se estudiaba. Oliver Belmás pasaba lista, reponía las clases cuando faltaba o tomaba exámenes. Yo le tenía cariño porque él había trabajado en Darío y era uno de sus temas predilectos. Hasta me invitó a Navalsauz, pueblo natal de Francisca Sánchez, con quien él y su mujer mantenían una afectuosa relación.

Fuimos por aquellas tierras frías y rocosas, en el coche de Carlos Lozano, con Norma Parchment. Francisca Sánchez no sabía lo que había estado haciendo; publicó varios libros de Darío muy descuidados y desordenados. Yo solía insistirle a Oliver Belmás que ella no tenía nada, que su propuesta era una farsa, que había malvendido y despilfarrado todos los papeles de Darío y otros objetos. Para mayor abundamiento, el embajador de Nicaragua en Madrid, el bueno del tío Andrés Vega Bolaños, me había mostrado varios testamentos ológrafos de Darío, en los cuales declaraba heredero universal a Rubén Darío Sánchez, el bastón con su puño de oro y un reloj con sus iniciales grabadas en la tapa. La misma Francisca Sánchez había declarado que tanto González Blanco como Ghiraldo habían aprovechado todo lo que ella guardaba. Ghiraldo sacó El archivo de Rubén Darío, un volumen enorme publicado en Chile, después en Losada y en Losada está mejor cuidada la edición por don Pedro Henríquez Ureña. De la edición de Chile, hay dos ediciones muy malitas pero tiene diferentes facsímiles. Además yo sabía que Ghiraldo

viajaba por lo menos con un baúl grande con papeles de Darío que procedían de Francisca Sánchez. Ghiraldo fue a morir a Chile en una pensión de españoles refugiados y a mí me propusieron epistolarmente, tanto los dueños de la pensión, como don Julio Saavedra Molina, adquirir toda esta documentación.

Ghiraldo expiró en esa pensión debiendo quién sabe cuántos meses de pago y sus hospederos querían vender los papeles de Darío, para resarcirse en algo; supongo que este baúl lo adquirió en Chile. Don Julio Saavedra Molina ya me conocía por dariano y me había mandado muchos impresos aquí, a México. Yo publiqué más de ocho cuentos desconocidos de Darío que me facilitó don Julio... De aquí su interés de que me quedaran a mí o de que yo propusiera esa adquisición a Nicaragua. Yo hice la propuesta a Educación Pública y ni siquiera me contestaron. Aún más, yo también intenté rescatar los originales de Cantos de Vida y Esperanza, que tenía Juan Ramón Jiménez, pero en Nicaragua no había ninguna institución seria ni ningún interés. Ahora al menos hay un Museo-Archivo en León, un celeste Edgardo Buitrago, un Carlos Tünnermann, hoy Ministro de Educación, un Edelberto Torres, un José Jirón, un Jorge Eduardo Arellano, un Julitro Villacastín y una Universidad. Pero en aquella época no había nada.

A la muerte de Darío, Francisca se dejó retratar en los periódicos con todos los sombreros y velos del duelo, como su mujer española; dando pie a todo un mito. Carmen Conde hasta hizo un libro, Acompañando a Francisca Sánchez y Oliver Belmás escribió Este otro Rubén Darío, muy desaprovechado y mal hilvanado.

Una noche de tantas en su casa-biblioteca, Benjamín Hill, 122, me dice don Alfonso Reyes: —Ernesto, ya se enteró que acaban de aparecer una multitud de cajones de papeles de Rubén Darío que guardaba Francisca Sánchez... Yo me resistí pero tuve que rendirme ante la evidencia. Y en verdad apareció esa enormidad que se reunió y con la que se hizo el Seminario-Archivo Rubén Darío. En España yo negaba su existencia y ya en América me vine a encontrar con la verdad.

De haber sido más humilde, de haber investigado, de haber hablado más con Francisca, de haberla interrogado, yo hubiera comprobado la existencia del archivo y me hubiera quedado en Madrid, buscando una plaza aunque fuera de office boy de ese archivo. Pero así es la juventud, que ya se le va pasando a usted.

Saludos a doña Ermida, a las Chilos y toda la parentela y usted no se olvide de ser inteligente y reciba un abrazo de su comandante

Ernesto Mejía Sánchez

Y en verdad, Mejía Sánchez regresó a Nicaragua en 1954 y fue hasta unos años más tarde que se constituyó el Seminario-Archivo Rubén Darío, en la Universidad Complutense de Madrid. 1957 -1959 y tuvo su patronato hasta principios de los sesenta. El padre Dictino Álvarez Hernández, S.J.,⁴ consigna que el 25 de octubre de 1956, los esposos Oliver Belmás trasladaron desde Navalsauz a Madrid, todos los fondos darianos, que consistían en un poco más de 4,000 documentos: cartas, recortes de periódicos, carteles, manuscritos, objetos y fotografías; “fecha doblemente jubilar para la literatura hispánica —según Álvarez Hernández— porque ese mismo día, la prensa y la radio anunciaban al mundo la noticia de la concesión del Premio Nobel a Juan Ramón Jiménez”.

V

De aquí en adelante, Mejía Sánchez, se encargaría de documentar y demostrar tanto la modernidad como la nacionalidad de Darío, del modo más riguroso que acaso se nos ha permitido conocer. Prueba está que el 10 de septiembre de 1962, en el I Congreso Internacional de Hispanistas, celebrado

4. *Cartas de Rubén Darío* (epistolario inédito del poeta con sus amigos españoles) por Dictino Álvarez Hernández, S.J., Madrid, Taurus, 1963.

en Oxford, Mejía Sánchez, presentado por el hispanista inglés Reginald Brown, refutó a Sir Cecil M. Bowra, catedrático de la Universidad anfitriona y a su glosador en español, el poeta Luis Cernuda, con la ponencia titulada “Rubén Darío, poeta del siglo XX”.

Dicha ponencia “trata de ser un examen de buena fe, una especie de corte de caja, un balance al día de hoy, de la poesía y del hombre, para poner en claro lo vivo de ambos, lo permanente de su obra —afirma Mejía Sánchez— si es que éste puede identificarse con lo clásico y con lo que la poesía actual persigue más aventuradamente. Un Rubén Darío de nuestro tiempo, en otras palabras, de nuestro siglo XX”.

Después de reducir o de invalidar los argumentos antojadizos del Sr. C. M. Bowra, repetidos por Cernuda, Mejía Sánchez demuestra la juventud sin edad, la calidad de la obra poética de Darío, su significación histórica y social, su innovación literaria y concluye con un párrafo contundente para quienes demandan la condición del poeta químicamente puro: “Pero si se trata del poeta solo, a la vista de los ojos actuales, —dicta Mejía Sánchez— puede verse en él al responsable de su propia antología, sabio y experimentador, al profundo conocedor de su ánima, a quien el mundo y la muerte proponían enigmas más pavorosos que la bella literatura, para quien la poesía fue *una camisa férrea de mil puntas cruentas*, una búsqueda o una condenación”.

Cuatro años más tarde, y ya muerto Luis Cernuda (1902-1963), Mejía Sánchez cedió su *Rubén Darío en Oxford* a la Academia Nicaragüense de la Lengua. Acompañado con los textos refutados: C.M. Bowra, Arturo Torres-Rioseco y Luis Cernuda, se editó en Managua, 1966, bajo el sello editorial de la Academia, acaso una de las mayores defensas y pruebas de la modernidad de Darío que se hizo hasta aquel presente.

Ese mismo año, 1966, su réplica “Rubén Darío, poeta del siglo XX”, se publicó también en *Universidades*, Unión de Universidades de América Latina, México, abril-septiembre de 1966, pp. 9-26, junto de una antología de los poemas inaugurales,

innovadores, avanzados y francamente modernos, citados en el texto: “Sonatina”, “El poeta pregunta por Stella”, “La espiga”, “Cantos de vida y esperanza (I)”, “Dulzura del Ángelus”, los tres “Nocturnos”, “Canción de otoño en primavera”, “Filosofía”, “A Phocás el campesino”, “[Carne, celeste carne]”, “De otoño”, “Soneto autumnal al marqués de Bradomín”, “Ibis”, “Letanía de Nuestro Señor Don Quijote”, “Allá lejos”, “Lo fatal”, “Agencia...”, “A Margarita Debayle”, “Los motivos del lobo” y “La gran cosmópolis”.

Igualmente, en 1966 apareció un estudio titulado “Relaciones literarias” (*Revista Iberoamericana*, México, 1966, vol. XXXII, núm. 62, pp. 163-210) que, además de ser una propuesta teórica, estudia los vínculos de nuestros escritores fundadores: Sarmiento, Groussac, Martí, Whitman, Díaz Mirón, Rubén Darío, Montalvo, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Rafael Heliodoro Valle, los pintores mexicanos, México y Centroamérica. “Los estudios dedicados a esclarecer las relaciones literarias entre autores, obras, géneros, épocas, corrientes, movimientos y países del continente” han alcanzado considerables proporciones de calidad, cantidad y difusión prestando “altos servicios a la integración cultural americana, al modo que los desempeña la literatura comparada en Europa” —enseñaba el maestro Mejía Sánchez.

Y, formulando casi una teoría y su metodología que supo practicar con tanta sabiduría como dadivosidad, agregaba: “Las relaciones literarias constituyen, pues, una disciplina rica en alcances mediatos e inmediatos, que conviene fomentar generosamente. Incluso la idea de *relacionar* parece más cordialmente americana que la de *comparar*, pues que ésta siempre entraña algún ánimo de presunción egoísta y no de comprensivo humanismo”.

Tanto en México como en Nicaragua, y en esta misma línea de relaciones literarias, apareció un esquema de trabajo y cinco documentos epistolares titulados “Rubén Darío íntimo: el tesoro del epistolario” (*La Prensa Literaria*, Managua, 10 de julio de 1966 y en *Mujeres*, México, segunda quincena de julio de 1966,

núm. 175, p. 36). Un año después, en su inconstante “Archivo Dariano” presentó “Una carta desconocida y reveladora” de Darío dirigida a uno de los precursores del modernismo, aún no lo suficiente valorado, el mexicano Ricardo Contreras (1853-1918) sobre el contenido de *Epístolas y poemas, 1885* (*La Prensa Literaria*, Managua, domingo 15 de enero de 1967).

VI

En 1967, Año del Centenario del Nacimiento de Rubén Darío, Mejía Sánchez, amén de participar en simposios, mesas redondas, congresos y ciclos conmemorativos, dio a conocer dos nuevos alcances darianos: “Darío y Centroamérica” (*Revista Iberoamericana*, México, 1967, vol. XXXIII, núm. 64, pp. 189-208) y “El nicaragüense Rubén Darío” (*Revista de Historia de América*, México, 1967, núm. 63-64, pp. 117-135).

Como puede desprenderse de los títulos, estos dos nuevos ensayos versan con amplitud sobre la nacionalidad nicaragüense y, por tanto, centroamericana, de Darío, a partir de datos y documentos novedosos, sin incurrir jamás en panegíricos ni elucubraciones sin sustento.

Dado el énfasis en el exotismo, cosmopolitismo, y la tan llevada y traída y negada nicaraguanidad de Darío, pareciera que Mejía Sánchez decidió que “El nicaragüense Rubén Darío” fuera el ensayo suyo más divulgado, pues desde aquel año se reprodujo en las memorias del “Primer Congreso Regional de Academias de la Lengua de Centroamérica y Panamá” (Managua, 1967, pp. 123-135); en otro tomo para el gran público *Grandes vidas. Grandes obras* (México, 1967, Selecciones del Reader’s Digest); en *Cuestiones rubendarianas* (Madrid, Revista de Occidente, 1970), al frente de *Nuestro Rubén Darío*, antología editada por el Ministerio de Cultura, Managua, 1980 y en muchos otros periódicos.

Ampliando el horizonte cultural de Rubén Darío, poeta cuya concepción era armónica, musical, orquestal, preparó un ensayo

sobre “Darío y los pintores mexicanos”, lo que evidencia a un poeta también con ojo y sensibilidad para las artes plásticas, parnasiano al fin, emergentes en América (*América Nuestra, Política-letras-arte-crítica*, México, mayo de 1967, núm. 2).

Curiosamente, Darío divulga y exalta en su *Mundial Magazine* (1911-1914) a los artistas plásticos que serán precursores o anunciadores con su influencia española, italiana y francesa, mezclada con el *art nouveau*, de la Escuela Mexicana de Pintura como Alfredo Ramos Martínez, quien le hizo dos retratos; Roberto Montenegro, sobrino de Amado Nervo y precursor del muralismo; una cabeza de Ángel Zárraga, pintada por Diego María Rivera y Barrientos, tal se firmaba entonces Diego Rivera, quien sería una de las figuras del muralismo y el paisajismo volcánico del doctor Atl.

Entre las nuevas tareas emanadas del Centenario Dariano, la Comunidad Latinoamericana de Escritores, con sede en México, encargó a Mejía Sánchez; 1). la compilación y prólogo de los *Estudios sobre Rubén Darío*, (Fondo de Cultura Económica, Cle, 1968). Volumen de más de 600 páginas que ofrece preliminarmente la presencia mexicana en la vida y obra de Darío, como sinónimo de indigenismo, tema soslayado cuando no ignorado por la crítica, 2). compilar textos desconocidos y pocos accesibles, como el “Diario” mismo y “Los asuntos de Nicaragua” de Darío y textos de Jorge Luis Borges, Max Henríquez Ureña, Jaime Torres Bodet, Eliseo de Carvalho, Salomón de la Selva, Fiódor Kélin, Vera Nikolaieva, Allen W. Phillips, Andrés Iduarte, Juan Marinello, Evelyn Uhrhan Irving, Francisco Monterde, Pablo Antonio Cuadra, Edelberto Torres, Edgardo Buitrago y muchos más que ahondan en la heterogeneidad, vigencia y calidad dariana.

VII

La máxima especialización dariana de Ernesto Mejía Sánchez, movió a la Revista de Occidente de Madrid, España, invitarlo a integrar la Colección Cimas de América, dirigida por Eduardo Caballero Calderón. Su *Cuestiones rubendarianas*

aparecieron en 1970. Evidentemente, este título si bien es cierto que es un homenaje a Alfonso Reyes *Cuestiones estéticas* (París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1911) y *Cuestiones gongorinas* (Madrid, Espasa Calpe, S.A., 1927), también es cierto que equipara ponderativamente a don Luis de Góngora y Argote con nuestro Rubén Darío.

El contenido de dicho tomo es el siguiente: “El nicaragüense Rubén Darío” con el apéndice de “La primera biografía de Rubén Darío”; “Pedro Henríquez Ureña, crítico de Rubén Darío”, con el apéndice de una “Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes sobre Rubén Darío”; “Rafael Heliodoro Valle, devoto de Darío”; “Darío y Centroamérica” con un apéndice de “Revista literaria de Centroamérica”; “Rubén Darío poeta del siglo XX”; “En su Nicaragua natal”; “Las humanidades de Rubén Darío”; “Los primeros cuentos de Rubén Darío” y “Facsimiles de manuscritos de Rubén Darío”.

Desafortunadamente, este libro con más de ocho ensayos, apéndices, notas, cuentos y facsimiles, pasó treinta y ocho años inadvertido en la Nicaragua natal de Darío y de su autor. Ahora aparece esta segunda edición y la única nicaragüense, gracias a la Colección Cultural de Centroamérica, corregida, aumentada y anotada casi en el doble: “Las relaciones literarias”, “Darío y Montalvo”, “Martí y Darío ven el baile español”, “Rubén Darío y Alfonso Reyes”, “Rubén Darío y los Reyes”, “Shakespeare en la política hispanoamericana”, “Rubén Darío y los pintores mexicanos”, “Dos poemas inéditos de Rubén Darío”, “Hércules y Onfalia, motivo modernista”, “Otros tres cuentos desconocidos de Rubén Darío”, “Rubén Darío íntimo: el tesoro del epistolario”, “Una carta desconocida y reveladora”, “Fijación textual de los poemas de Rubén Darío” y “Manuscritos de Rubén Darío en México”.

Como complemento al ensayo “Pedro Henríquez Ureña crítico de Rubén Darío”, apareció la *Antología de Darío* que Pedro Henríquez Ureña había seleccionado; una suerte de su testamento valorativo del poeta de Nicaragua, México,

Universidad Nacional Autónoma, 1971, *Nuestros clásicos*, n.º 36.

Simultáneamente, en colaboración con la embajada de la República de Argentina en México, familiares del artista y por sus propias gestiones, Mejía Sánchez, editaron el 26 de junio de 1971 y facsimiladamente, la *Oda a Mitre* (París, Imprimerie A. Eymédoud, 2, place du caire, 2, 1906), en el sesquicentenario de su nacimiento. Este ejemplar había pertenecido al ya mencionado pintor mexicano Roberto Montenegro y tenía el interés de esta dedicatoria:

A Montenegro, que pinta lo que yo escribo... ¡Con todo cariño!, puesto que yo escribo lo que él pinta.

Una fotocopia de los manuscritos de *Cantos de Vida y Esperanza* que Juan Ramón Jiménez (1881-1958) donara a la Biblioteca del Congreso de Washington, fue cedida en 1971 para la *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* (Managua, febrero de 1971, vol. XXV, n.º 125). En esa misma revista publicó la transcripción de dos poemas inéditos de Rubén Darío: uno exaltativo a Juan Ramón Jiménez y otro sobre los “Viejos filósofos”.

De 1975 a 1977, Mejía Sánchez se dedicó con toda la documentación propia y ajena a fijar la letra de los poemas de Rubén Darío que en múltiples casos había sido corregida con alguna buena fe y criterio parroquial, por el padre Alfonso Méndez Plancarte. Esta es la edición que retomando la realizada con Anderson Imbert y corrigiéndola y enriqueciéndola: *Poesía*, libros poéticos completos y una antología de textos dispersos, formará parte de la Colección Biblioteca Ayacucho, Caracas, Venezuela, 1977, núm. 9, con prólogo de Ángel Rama, criterio de edición de Mejía Sánchez y cronología de un servidor.

En esa misma época, Mejía Sánchez escribió su ensayo sobre “Martí y Darío ven el baile español”, que leyó en la UNAM, y publicó en la Gaceta de la Facultad de Filosofía

y Letras (México), y en la *Prensa Literaria*, Managua, 22 de octubre de 1977. Recogido por Iván A. Schulman en sus *Nuevos asedios al Modernismo*, (Madrid, Taurus, 1987), este ensayo va más allá de la coincidencia en los temas y formas bien traspasados de un escritor y mejor recibido por otro escritor y digo que van más allá porque pretenden mediar con objetividad y serenidad entre la polémica que darianos y martianos, marxistas y esteticistas han sostenido contraponiendo a José Martí con Rubén Darío. De nuevo su ejercicio crítico se convertía en un ejercicio de probidad y de justicia. Martí y Darío se admiraron mutuamente; Martí hasta planeó, según sus libretas de apuntes, un texto sobre Darío, que la lucha por la independencia de Cuba y la muerte en combate no le permitieron escribir.

Darío no sólo escribió el mejor ensayo necrológico a la caída del cubano, sino que posteriormente dejó varios artículos sobre su poesía, su prosa y su significación. La única vez que Darío y Martí se encontraron en Nueva York, precisamente en las entrañas del monstruo, Darío, quien era tímido, corrió a los brazos de Martí y Martí lo abrazó llamándolo hijo. Estos dos personajes del modernismo participando en un mitin político ilustran los avatares y los compromisos éticos de los escritores de América Latina. Reveladoramente, Martí presentó a Darío ante la multitud de exilados.

Dos acuciosos darianos nicaragüenses, Jorge Eduardo Arellano y José Jirón Terán, organizaron un folleto con muchas sorpresas: *Rubén Darío primigenio* (Managua, Ediciones Convivio, 1984), donde aparece el cuento “Primera impresión”, con la novedad además de que se trataba del primer cuento de nuestro poeta, pues data de 1881. De modo que esta aparición rectificaba *Los primeros cuentos de Rubén Darío* de Mejía Sánchez, cuya salud venía en franco deterioro y no le permitía aclarar, como le hubiera gustado, aquella su tarea primigenia. Un discípulo preparó en junio de 1987 la segunda edición, póstuma, de los cuentos, agregándole nueve cuentos con sus respectivas notas y fuentes que ha corrido con fortuna tanto en la propia Nicaragua como en La Habana, con más de seis ediciones (1990,

1992, 1994, 2000, Editorial Nueva Nicaragua, *Artes y Letras* e Instituto Nicaragüense de Cultura y Banco del Cafè).⁵

Las postreras aportaciones de Mejía Sánchez fueron dos ensayos-rectificaciones muy breves, pero típicas de quien, como repetimos, practicó invariablemente la probidad literaria; se trata de los “Manuscritos de Rubén Darío en México”, publicados en *México en el Arte*, Nueva Época, otoño de 1983, núm. 2, Instituto Nacional de Bellas Artes, Cultural, SEP., y en el núm. 4, primavera de 1984, ídem., que prolongaban sus pruritos de fijación textual, versos borrados y reescritos, palabras que enriquecen los sonetos “Pegaso” y “La dulzura del Ángelus”.

La crítica dariana de Ernesto Mejía Sánchez, además de la camisa del poeta “es otra camisa de mil puntas cruentas” por las mezquindades, miserias amigas, usurpaciones, descalificaciones y reducciones a escondidas iniciales y a cuatro precarias notas bibliográficas y hemerográficas que tuvo que padecer, aún después de muerto. En medio de una serie de artículos o gacetillas periodísticas, cátedras y trabajos que permanecieron inconclusos, ofrece cuatro aspectos tratados con la amplitud y el rigor del caso:

Compiló más de 80 cuentos de Darío para entregarnos no sólo al poeta, sino al narrador o al narrador poeta o al poeta narrador, con influencia en el desarrollo de la narrativa de varios países latinoamericanos. Fijó el esplendor de su poesía, es decir, limpió los poemas para hacer crítica textual que revela

5. Esta segunda edición contiene nueve cuentos: 1. “Primera impresión” (1881); 2. “Cain” (1895). Aunque esta pieza parece ser un “fragmento de novela”, Mejía Sánchez se refiere a ella como cuento; por tanto, hemos decidido incluirlo como tal; 3. “Paz y Paciencia”, aparecido en la revista Buenos Aires, año IV, n.º 144, 9 de enero de 1898, p. 2, por lo que suponemos puede fecharse en 1897; 4. “Historia del mar” (1898); 5. “Pierrot y Colombina” (1898); 6. “D. Q.” (1898); 7. “Cuento de Año Nuevo”, aparecido en la revista Buenos Aires, año I, n.º 195, 1 de enero de 1899, pp. 6-7. Por lo que podemos fecharlo en 1898; 8. “Huitzilopxtli” (1914); 9. “El cuento de Martín Gerre” (1914). (Nota de Julio Valle-Castillo).

la conciencia del oficio y la pericia, la cultura y la sensibilidad de su autor: las tachaduras o correcciones, “la palabra que huye”, la exactitud... y para rectificar la edición del padre Méndez Plancarte. Proyectó y llamó la atención sobre el “tesoro epistolar”, sus cartas y correspondencia, que proporcionan datos inapreciables, en tanto iluminadores sobre su obra y su vida íntima, que ponen en muchos casos su “corazón al desnudo” como Baudelaire. Y estudia las “relaciones literarias” entre Darío y los autores de su tiempo y algunos países; algo que asimismo él encarnó, practicó y heredó a sus discípulos.

Sean estas páginas introductorias, a la edición nicaragüense de *Cuestiones rubendarianas*, el tributo agradecido “al padre y maestro mágico”, Ernesto Mejía Sánchez, de un alumno que por puño y letra suyo empezó a contarse, modestamente, como “nuevo colaborador dariano” desde el 10 de septiembre de 1976.

[Managua, 6 de julio-1 de noviembre de 2007]